

menos dura que el jade (y el jade se rompe), menos preciosa que las plumas de quetzal (y las plumas de quetzal se quiebran) irá desvaneciéndose, borrarán-dose en la amarillez del papel y esa ho-

guera a la que la desesperación lanzó su combustible, y la ira y el llanto y el desgarramiento, se tornará ceniza. ¿Es allí, por ventura, donde *todas las cosas se disponen a renacer?*

León Felipe *

Por Arturo SOUTO ALABARCE

A los 81 años, León Felipe publica este nuevo libro de poesías que tiene mucho de milagroso. Acababan de aparecer sus *Obras completas*, parecía querer cerrarse el ciclo creador del gran poeta. Pensaba que había dicho todo lo que podía decir. Estaba cansado, enfermo, con ganas enormes de echarse a dormir.

Hace ocho años que yo no leía, ni escribía ni hablaba con nadie... quería irme de aquí como fuese; pero cuando se murió mi amigo el jorobadito Rubén, yo escribí este poema... y seguí escribiendo, hasta que salió este libro casi de una manera milagrosa. Yo estoy asombrado. Y os lo cuento, a vosotros los poetas principalmente, porque creo como Celaya ('Buenos Días, Celaya') que el poeta escribe para decir las cosas que le pasan.

Y ese amigo que vendía lotería, esa pequeña piedra que vino a agregarse a la enorme pirámide de muertos que agobia a los vivos, desencadenó el milagro de escribir uno de sus mejores libros. El título —*Oh, este viejo y roto violín*— es doblemente irónico. León Felipe ha descubierto que a los 81 años tiene fama de gran poeta, de gran virtuoso; y sabe también que a esa edad el violín debe sonar muy mal. Pero esto es un juego, un truco de poeta. Nunca ha estado tan lejos del virtuosismo como en este libro; nunca ha sonado mejor algunas de las poesías que contiene. El milagro consiste en haber renacido de una tremenda crisis física y espiritual. El milagro consiste en haber escrito a los 81 años el que quizá sea su mejor libro. El milagro mayor está en no haberse negado a sí mismo, sino en reafirmarse, depurarse, ascender en una clara, recta trayectoria humana y poética. Muy pocos han podido hacer esto. Cervantes, Goethe, Machado. Porque algunos lectores han pensado que este renacido León Felipe es muy diferente al de *Ganarás la luz*; sospechan una trasmutación; más todavía, una rendición. No hay tal. En este libro, ni el estilo, ni las ideas, ni la sustancia misma de que está hecho son nuevos, y algo milagroso hay también en que no se repite nada, porque lo que dice, aunque dicho antes, se ha hecho más puro, más original, más auténtico que nunca. Pocos escritores pueden encontrar lo mejor de sí mismos a los 81 años. Si el poeta escribe para decir las cosas que le pasan, lo que le pasa a León Felipe a los 81 años es un renovado impulso, un ansia de vuelo que sólo los místicos tienen.

Yo que en este mundo no he servido después de ochenta años para nada... acaso sirva ahora todavía, como David, para lanzar con la honda una de esas piedras, pequeñas y ligeras, de mi zurrón —la más dura, la más pedernal... Tú, piedra aventurera, y dar justo, justo con ella en la frente misma de Goliat.

El libro, dividido en nueve partes, es uno de los más extensos y profundos que ha escrito el poeta. En verso libre y en prosa, entreverado de diálogos, notas y dedicatorias, es en realidad un solo, largo poema que fluye continuamente al través de un lenguaje escueto, intenso, personalísimo. No hay aquí búsqueda del endecasílabo perfecto, ni del metro, ni de ninguna afinación virtuosista. Para León Felipe, y lo dice una vez más y con mayor claridad, el verdadero virtuosismo de un poeta no está en la música del verso ni en el color de la imagen, sino en lo que la palabra significa primera, originalmente.

'Que se lleven todos los hexámetros!
Aquí no hay más acento que el mío.

.....
Porque a veces sucede que el acento de un hexá-
(metro

apaga el latido de la sangre
y yo lo que quiero es que se oiga ante todo
el latido de mi sangre.
Y sucede también
que el ritmo de mi sangre
es un ritmo métrico y poético.
Pero de esto yo no tengo la culpa.
Yo no lo he buscado.

Su poética es la misma. Siente y piensa del poema lo mismo que en *Versos y oraciones del caminante*, hace 46 años, aunque entonces le quisiera tentar la

pura estética musical de muchos de sus coetáneos.

Las dos vertientes de la poesía española, una sensual, la otra cordial, iniciadas casi en sus orígenes, que muchos quieren negar recurriendo a sofismas y excepciones, están presentes y son irreconciliables. León Felipe ha mantenido desde hace mucho una actitud, la suya, la única para él posible. Lo dijo en *Ganarás la luz*; lo dice en este libro nuevo. El poeta escribe para decir las cosas que le pasan. La poesía es criatura cordial que se nutre de virtudes humanas, no de virtuosismos sonoros o cromáticos. Cuando Tiziano estaba cargado de años, su pintura, antes nítida, brillante, aterciopelada, fue nimbándose de un halo que nublaba las orillas; sus líneas se estremecieron, ondularon, reverberaron; la sustancia se transformó en luz. Se ha dicho que por entonces le temblaba el pulso y le fallaba la vista; y se ha dicho también que nunca fue mejor pintor. Porque no le preocupaban el dibujo, el color, la firmeza de la pincelada; estaba transformando la materia en luz, estaba librándose de retóricas parásitas. Así León Felipe en este libro. No hay en él una arquitectura cristalina, ninguna simetría, ningún orden; es una corriente, un flujo de recuerdos, de interrogaciones, de confesiones; un balance profundo, un examen de conciencia. Aquí y allá, el poeta vuelve a reanudar el hilo de un tema sugerido en las primeras páginas; aquí y allá, como la punzada reiterada de un gran dolor, aparecen los mismos desvelos, las mismas preguntas que ha venido haciéndose, y haciéndonos, León Felipe desde hace muchos años. Esta vez el tono es muy distinto. En este libro no hay gritos ni blasfemias — las que sólo a los sacristanes cazurros podrían haber sonado mal. Hay en vez un tono de gran ternura, de inmensa comprensión. Esto es quizá lo que desorienta a algunos lectores. Pensarán que León Felipe está arrepentido; creerán que este libro, si cuenta las cosas que le pasan, cuenta que se ha convertido, que ha recobrado la fe de su niñez; lo creerán ablandado; echarán de menos al viejo león colérico. A esos lectores quizá les confundan cosas como ésta:

Soy ya tan viejo
y se ha muerto tanta gente a la que yo he
(ofendido

y ya no puedo encontrarla
para pedirla perdón.
Yo no puedo hacer otra cosa
que arrodillarme ante el primer mendigo
y besarle la mano.
Yo no he sido bueno...
quisiera haber sido mejor.
Estoy hecho de un barro
que no está bien cocido todavía.

Pero no hay ninguna claudicación en pedir ser perdonado; no hay ninguna contradicción en querer ser más bueno a los ojos de la muerte. No es problema de ideologías, no hay aquí conversiones innecesarias, sino un tono, una actitud más libre, más pura, tanto de retóricas como de políticas. León Felipe nunca ha sentido la política como un político en el sentido que éste la contempla y ejercita: como un juego de fuerzas, como un difícil juego de tácticas para vivir mejor en la sociedad, en la ciudad de los hom-



* León FELIPE. *Oh, este viejo y roto violín*. Fondo de Cultura Económica (Col. Tezontle), México, 1965, 215 pp.



bres. Lo que a León Felipe le ha angustiado desde su juventud es la sustancia arcillosa del hombre, de todos los hombres; su poesía ha sido siempre religiosa, profundamente religiosa. No se puede dudar que, a la luz de un frío examen objetivo, de una investigación académica de *scholar*, de esos *scholars* a quienes el poeta admira y desprecia a la vez tan justificadamente, la trayectoria literaria de León Felipe ha estado siempre en el plano místico. Sus lecturas, sus devociones poéticas, los problemas que plantea, las vivencias que lo animan e impulsan a escribir, han sido siempre religiosas.

Claro, claro...

si yo entiendo, yo entiendo, Señor.

Dios, Tú eres el Gran Poeta del Mundo, del [Universo,

el que crea y dirige la tragedia.

Y la tragedia tiene sus leyes,
sus leyes inmutables y fatales...

Y el héroe tiene que sufrir,
luchar...

llorar fatalmente

hasta llegar

al epílogo apoteótico de la luz...

porque el final, el desenlace

ha de ser también fatalmente luminoso.

Una disección que busque fuentes, influencias, paralelos en la poesía de León Felipe, tendrá que encontrar, y encontrar evidentemente, un mosaico de motivos que bajo su apariencia caótica tienen una profunda unidad. Los viejos profetas, el Evangelio, los Cristos de las pequeñas iglesias pueblerinas, Erasmo Shakespeare, Whitman, la gran comedia española y el auto sacramental, Unamuno y Antonio Machado; hay en esa línea una perfecta continuidad; una búsqueda angustiosa, una esperanza pertinaz, un ansia creciente, al través de muchos caminos, de Dios. Es falso que haya blasfemado en otros libros León Felipe; lo que los fariseos podían creer blasfemia era un ruego, un grito, una gran voz de desesperación ante el dolor, la injusticia, el misterio. Y aun si hubiera sido blasfemia, sólo el hombre religioso puede blasfemar. Que la obra de León Felipe, en ese plano místico, parta siempre del dolor concreto, del hombre concreto, no se contradice con la elevación espiritual

que persigue. El poeta no se apoya en supuestos metafísicos, nunca lo ha hecho. Así como la muerte de un amigo vendedor de lotería le lanza nuevamente al torbellino creativo, siempre ha sido —esas cosas que le pasan— cosas históricas, perfectamente reales y definidas. La injusticia, la cárcel, la esclavitud, la guerra. La miseria del oprimido, la bota del dictador, la hipocresía del sacerdote corrompido, la política sucia, todo eso ha servido para enervar al poeta, para obligarlo a gritar. Nunca ha sido cauteloso en sus denuncias, nunca discreto en su rebelión. Se le ha llamado unas veces blasfemo, otras anarquista, y otras más, con sonrisas de conmiseración, se ha dicho que no tiene ideología coherente y que, al cabo, no es sino un poeta. Hay amigos que lo quieren disculpar así de lo que creen es una culpa. Pero León Felipe ha insistido siempre en que su obra es una confesión, contar las cosas que le pasan; y lo que le ticos, ni religiosos. Dicho en términos más claros: la poesía de León Felipe está más allá de la política y de la religión entendida como secta. Pero no debe confundirse esto con lo que durante los últimos años se ha dado en llamar poesía pura, por equívoco que sea el término. León Felipe no se aísla, no se desprende de nada terrenal. Su poesía entera arraiga en la vivencia, en la circunstancia; y pocos han tenido el valor de decir las cosas que ha dicho. Pocos, como él, han gritado de dolor ante la Guerra Civil, la dictadura, los campos de concentración. En este libro, dentro de su primera parte que titula *La gran aventura*, se encuentra uno de los poemas más conmovedores que se hayan podido escribir sobre la injusticia y el dolor de nuestro tiempo: *Auschwitz*.

Esos poetas infernales,
Dante, Blake, Rimbaud...
que hablen más bajo...

¡Que se callen!

Hoy

cualquier habitante de la tierra

sabe mucho más del infierno

que esos tres poetas juntos.

Ya sé que Dante toca muy bien el violín...

¡Oh, el gran virtuoso!...

Pero que no pretenda ahora
con sus tercetos maravillosos
y sus endecasílabos perfectos
asustar a ese niño judío
que está ahí, desgajado de sus padres...

Y solo.

¡Solo!

aguardando su turno

en los hornos crematorios de Auschwitz.

En este libro se reafirma lo que León Felipe ha dicho otras veces, pero nunca ha sido tan claro, tan recto, tan alto. Aunque no le sitúen ahí los historiadores de la literatura, está mucho más cerca de la Generación del 98 que otros escritores españoles contemporáneos. Con Unamuno y con Antonio Machado se identifican su preocupación por España, su énfasis en la luz milagrosa de Castilla y en la porfía de Don Quijote; pero es mucho más honda la afinidad. Su desdén



por la retórica musical, su constante cavilar sobre la Historia, su diálogo consigo mismo ante la muerte y el destino último del hombre, su fondo religioso. Hay mucho de profético, mesiánico, milagroso en toda su poesía, pero más clara, más intensamente dicho en este último libro. Las lágrimas del hombre acabarán por penetrar el misterio.

—Que un día esa lágrima
acabará taladrando el muro
duro, negro y macizo del Misterio
por donde entre una luz extraña que no hemos
[visto nunca.

Aunque tenga este libro muchas poesías de gran calidad, aunque haya en él innumerables elementos que merecen, cada uno, una amorosa contemplación y un detallado estudio, sobresalen en él dos momentos de intensísima inspiración: *Auschwitz* y *Escuela*. Este poema, por ejemplo, *Escuela*, en el que se sintetiza la vida del poeta, su largo peregrinar por el mundo de las cosas, de los hombres y de la fantasía; donde nos habla con un ritmo único, peregrino, que no responde a otra música sino a los latidos de su sangre; donde el tono se ha hecho más bajo; donde un hombre a los 81 años nos dice sencilla, recta, certemente las cosas que le han sucedido y que quiere que le sucedan, es para nosotros una de las más grandes poesías que se han escrito en español. Si esto no parece milagroso hacerlo a los 81 años, ¿qué otra cosa puede asombrarnos? No sólo se ha elevado aquí León Felipe sobre su enfermedad y su cansancio para demostrarnos que ahora el violín toca mejor que nunca, sino que ha venido a decirnos, con inimitable honradez humana y poética, que sigue buscando, al través de la miseria y la guerra, el dolor y la vejez, lo que buscaba en su juventud.

Me gusta haber llegado a la vejez
siendo un gran violinista...
un Virtuoso.

Pero... con esta definición
que oí cierta vez en un lugar... no sé cuál:
"Sólo el Virtuoso puede ver un día la cara
[de Dios".